

SAN AGUSTÍN. LA INTERIORIDAD Y LA SANTIDAD

0.- Presentación.

San Agustín (354-430) es un maestro de la Espiritualidad Cristiana. Su mensaje es siempre antiguo y siempre nuevo, como la Palabra de Dios, de la que Agustín se nutre y hacia la que siempre está apuntando. En este nuevo documento de FORCONT vamos a acercarnos un poco a dos realidades centrales del mensaje agustiniano, a saber: la interioridad y la santidad. Son dos temas muy presentes en la vida y en la obra del Obispo de Hipona. Las reflexiones del hijo de Santa Mónica tienen una actualidad admirable, de manera que pueden ayudarnos a todos nosotros a crecer en nuestra fe cristiana en pleno siglo XXI.

1.- La vida de San Agustín. De vivir fuera a vivir dentro.

-Vivir fuera de sí. Agustín de Hipona, vivió durante 3 décadas de su vida fuera de sí mismo: en ese tiempo buscaba sólo la fama y el prestigio. Le importaba mucho el qué dirán... Era el hombre del activismo, del solo hacer y hacer... Vivía según la lógica del homo faber de los filósofos (es decir, según el hombre reducido a la acción). Después Agustín reconocerá su error, y caerá en la cuenta de que no es fácil vivir desde dentro, desde la interioridad: *“Como cada uno intenta pedir a Dios el bien que ama, difícilmente se encuentran quienes amen los bienes internos, es decir, los que pertenecen al hombre interior, los cuales deben ser únicamente amados, y los otros usados para cubrir las necesidades de la vida, no para gozarse de ellos”* (en. Ps. 4,8).

El Agustín preconverso, hombre afamado y buen orador, buscaba solo el prestigio social. Era un gran pensador, pero lo que ocurría es que el orgullo profesional le cegaba y le impedía ver otros bienes más saludables. Hoy podría haber gente que vive como el Agustín preconverso... No obstante, las cosas van cambiando poco a poco. Como botón de muestra apuntemos que recientemente los responsables de un centro educativo de Baltimore, en EE. UU., han cambiado los castigos tradicionales a sus alumnos por ejercicios de meditación. Más cerca de nosotros, en no pocos centros educativos de España, dentro de lo que se denomina el desarrollo de las inteligencias múltiples (término acuñado por Howard Gardner, Psicólogo que trabaja en la Universidad de Harvard), se está valorando cada vez más el cultivo de la “inteligencia espiritual”. -Vivir dentro de sí. Con el paso de los años, Agustín valorará el vivir desde dentro: silencio, reposo, lectura, meditación, oración, autenticidad y autoconocimiento. Comienza a apreciar la vida del homo religiosus (es decir, el hombre que piensa y ora).

Es Dios el que lo va guiando en este proceso, como narra el propio Agustín: *“Movido por estas lecturas reflexioné y entré en mi interior guiado por Ti, pudiendo hacerlo porque Tú te hiciste mi ayuda. Entré y vi con el ojo de mi alma, sin precisar cómo, sobre el mismo ojo de mi alma, sobre mi mente, una luz inmutable. No esta vulgar y visible a toda carne ni otra del mismo género, aunque*

más grande, como si ésta brillase más y más claramente y lo llenase todo con su grandeza (...) ¡Oh, eterna verdad, verdadera caridad y amada eternidad! Tú eres mi Dios. Por ti suspiro día y noche, y cuando, por vez primera te conocí, Tú me tomaste para que viese que existía lo que había de ver y que aún no estaba en condiciones de ver” (Conf. 7,10,16). Las oraciones y las lágrimas de S^a Mónica fueron cruciales en este proceso. El año 386 es un punto de inflexión en la vida del santo. Llega su conversión principal. Es determinante la lectura de Rom 13,13. Sabéis que algunos hablan de 3 y 4 conversiones en el santo (Benedicto XVI – Olegario González de Cardedal). Se bautiza a los 32 años de edad (por Ambrosio de Milán), en el año 387. Es el momento de abandonar la exterioridad y de crecer desde la interioridad.

2.- ¿Para qué sirve la interioridad?

-Necesidad antropológica. San Agustín afirma que es necesario vivir desde dentro, si queremos vivir una vida bien lograda. Es preciso vivir arraigados y edificados en Cristo (Colosenses 2,7). /// Vivir conscientemente, dejando que Dios dirija nuestra vida. San Juan Pablo II, cuando vino la última vez a Madrid a canonizar a 5 santos (entre ellos, a Santa Ángela de la Cruz), el sábado 3 de mayo de 2003, decía: *“El drama de la cultura actual es la falta de interioridad, la ausencia de contemplación. Sin interioridad la cultura carece de entrañas, es como un cuerpo que no ha encontrado todavía su alma”*.

Esto lo decía en punto nº 1 de su discurso a los jóvenes. Hoy podemos afirmar con el Papa polaco que es esto es cierto: vivir desde dentro es una necesidad antropológica. Es preciso cuidar el corazón, cuidar la vida interior, porque de ahí saldrá todo lo demás.

-Encuentro con Dios. Agustín habla a los monjes de sus monasterios, y también a todo el pueblo de Dios. Sus enseñanzas son útiles para todos. No olvidemos que él fue obispo de la ciudad de Hipona, hoy Annaba (en Argelia). /// De vera religione 39,72 (noli foras ire; in teipsum redi; in interiore homine hábitat veritas [no quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo; en el hombre interior reside la verdad]). /// La interioridad sirve, entonces, para conocer a Dios, como Dios nos conoce a nosotros: *“Que yo te conozca a ti, conocedor mío, como tú me conoces a mí. Tú, que eres la fortaleza de mi alma, entra en ella y ajústala a ti, para que la poseas y la mantengas “sin mancha ni arruga”. Esta es mi esperanza y por eso hablo; esta es la esperanza, causa de mi alegría, cuando mi alegría es verdadera. Todas las demás cosas de esta vida, tanto menos se han de llorar cuanto más se las llora, y tanto más se han de llorar cuanto menos se las llora. Sé que Tú eres la Verdad, y que el que sigue la verdad llega a la luz; que yo la siga y la viva en mi corazón: no sólo en esta mi confesión delante de ti, sino también en mis escritos, delante de mis testigos”* (Conf. 10,1,1). /// La interioridad está al servicio de la búsqueda de Dios: *“Debemos buscar a Dios y orar en esa cámara secreta del alma, que se llama hombre interior”* (Mag 1,2). Es famoso el *“quaerere Deum”* de San Agustín. Esto se hace desde el interior, admitiendo por la fe que Dios nos busca a nosotros todavía con más ilusión, empeño y perseverancia.

-Ordenamiento del amor. El Dios trinitario vive dentro del hombre, que es imagen de la Trinidad (mens, notitia et amor); se ve en el vol. 5º de las Obras completas. Este Dios, que vive dentro de

nosotros, y que es amor (1 Jn) ordena nuestro amor: *“El amor, como el fuego, busca siempre las alturas. Si tienes en la mano una antorcha encendida y la pones con la punta hacia arriba, su llama sube hacia el cielo. Si la pones boca abajo, su llama sigue subiendo... El fuego conoce sólo una dirección: busca las alturas... Sé ferviente en el espíritu y arde siempre con el fuego del amor. El amor te hará buscar las alturas”* (S. 234,3). Dios ordena nuestros amores. Él es el más importante, y si lo ponemos a Él en el centro de nuestro interior, entonces podremos amar lo demás de forma bien ordenada, evitando los afectos desordenados. A su vez, el amor interior no es infecundo: va construyendo la ciudad de Dios, si es que optamos por amar a Dios ante todo y sobre todo: *“Dos amores han creado dos ciudades. El amor de Dios, Jerusalén. El amor del mundo, Babilonia. Que cada hombre se pregunte por su amor y sabrá a qué ciudad pertenece. Si su ciudadanía está en Babilonia, extirpe en sí la codicia y plante la caridad en su alma. Si, por el contrario, es ciudadano de Jerusalén, tolere la cautividad presente y espere la liberación”* (en.Ps. 64,2).

-Sanación interior. Cristo es el Médico humilde (Medicus humilis) que vive en el interior del ser humano. Es el que sana suavemente nuestras heridas interiores: *“Con mano blandísima y misericordiosísima, comenzaste, Señor, a tratar y componer poco a poco mi corazón. Y me persuadiste al considerar cuántas cosas creía que no había visto ni a cuya formación había asistido, como son muchas de las que cuentan los libros de los gentiles”* (Conf. 7,5,12). /// Es necesario que la sanación interior se dé gracias a la vivencia de las tres virtudes teologales (fe, esperanza y caridad), de las que San Agustín habla en su famoso Enchiridion ad Laurentium. /// No olvidemos que vivir en la interioridad nos sana y nos pide vivir humildemente, si es que queremos alcanzar la Verdad. El mismo Agustín nos invita a ello cuando asegura: *“Para alcanzar la Verdad no busques otro camino que aquel que ha sido garantizado por aquel que era Dios. Ese camino es, primero, la humildad; segundo, la humildad; tercero, la humildad”* (ep. 118,3,22).

-Plenitud. La interioridad nos ayuda a vivir la vida con plenitud, con alma, con fe viva. Nos capacita para no dejarnos llevar por las prisas, ni por el qué dirán. Nos permite vivir una *“vida lograda”*. Nos ayuda a no dejarnos mangonear, aunque esto suponga atravesar por conflictos. Nos ayuda a no ser marionetas. Nos capacita para vivir con el gozo de haber encontrado el tesoro en el campo del propio corazón (Mt 13,44). Un tesoro del que San Agustín no se había percatado: *“tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío”* (Conf. 3,6,11). Constatamos también que la interioridad agustiniana está al servicio de toda la vida espiritual de la persona. No se puede promover mucho la interioridad y olvidar otras áreas como la caridad, el amor al estudio, el deseo de crecer en santidad... La interioridad agustiniana es como un eje transversal que da sabor y luz a las otras áreas personales. Por ejemplo, nos quita la hinchazón de la soberbia: *“Tú me agujoneabas con estímulos interiores para que estuviese impaciente hasta que Tú me fueses cierto por la mirada interior. Así bajaba mi hinchazón gracias a la mano secreta de tu medicina. Y la vista de mi mente, turbada y oscurecida, iba sanando de día en día con el fuerte colirio de saludables dolores”* (Conf. 7,8,12).

-Autenticidad. La interioridad nos capacita para crecer en transparencia interior. Nos lleva a ser hombres de una sola pieza; a vivir las relaciones interpersonales cuidando la identidad personal y la apertura a los otros. La interioridad nos ayuda a crecer en auténtica libertad, superando los

apegos que nos esclavizan: *“A veces, Señor, me enredo en las hermosuras exteriores, pero Tú me liberas, porque eres misericordioso; yo me enredo miserablemente, pero Tú me liberas misericordiosamente; unas veces, sin que yo me dé cuenta, por ser leve mi caída; otras con dolor, por estar apegado a ellas mi corazón”* (Conf. 10,34,53). La interioridad nos conduce a vivir ejemplarmente, tal y como propone el filósofo bilbaíno Javier Gomá en su prestigiosa obra *“Tetralogía de la ejemplaridad”* (2014). Esto pide de nosotros la responsabilidad de vivir de acuerdo a nuestra conciencia, desde nuestro yo más íntimo, y no desde el qué dirán. El Catecismo de la Iglesia Católica recomienda en el nº 1778 vivir siempre con rectitud de conciencia. Afirma este nº: *“La conciencia es la mensajera del que, tanto en el mundo de la naturaleza como en el de la gracia, a través de un velo, nos habla, nos instruye y nos gobierna. La conciencia es el primero de todos los vicarios de Cristo”* (John H. Newman, Carta al Duke de Norfolk, Westminster 1969). En esta misma línea argumentativa, San Agustín remarca que *“la voz de la verdad no calla”* (en. ps. 57).

-Comunión. Una interioridad para ayudar a la vida comunitaria y a la comunión. Agustín dice sí a la vida comunitaria, pero dice un sí todavía mayor a la comunión:

“anima una et cor unum in Deum” (reg. 1,3), es el mandato que el santo da a sus monjes en la Regla monástica. La interioridad ayuda a la vida comunitaria y -sobre todo a la comunión-. ¿De qué sirve que las personas estén reunidas si no están unidas? Junto a esto apuntemos que Agustín propone vivir la experiencia de la interioridad en el seno de la Iglesia, sirviendo a la Iglesia, a la Ecclesia Mater, a la Catholica Ecclesia. Así se evita el intimismo y el solipsismo. No podemos estar todo el día mirando al interior, sin mirar al necesitado que tenemos a nuestro lado. Cada uno vivirá esto desde su forma de vida concreta: como laico, sacerdote, religioso de vida activa, monje de vida contemplativa... Si uno no sale de su interioridad, al final se acaba asfixiando dentro.

3.- Las ayudas para vivir desde la interioridad.

La interioridad -en sí misma- no es un fin. Es un *“medio para”* amar mejor a Dios y al prójimo. Medio para dar gloria a Dios con la vida. Medio para ser santos. Medio para servir mejor a la Iglesia. Medio, también, para vivir sanamente las relaciones familiares, en orden a fomentar la sinceridad y el respeto en la comunicación dentro del hogar. Y ahora llega el momento de preguntarnos: ¿qué nos ayuda a crecer en interioridad?

-Silencio. Exterior e interior. Superación de la verborrea. Agustín valora mucho el silencio, e invita a sus fieles en sus Sermones a gozar de Dios en el silencio.

-Superación de la dispersión (dispersio animae). San Agustín reconoce que durante bastantes años ha vivido disperso. La dispersión mental no le ayudaba precisamente a crecer en interioridad. Por eso ora a Dios en sus Confesiones diciendo: *“¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Tú estabas dentro de mí, y yo estaba fuera, y por fuera te buscaba; y, como me encontraba tan vacío de hermosura, me precipitaba hacia estas cosas hermosas, que Tú creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Así que, me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuvieran en ti, no podrían existir. Pero Tú me llamaste, me gritaste, y rompiste mi sordera; brillaste, resplandeciste e hiciste huir mi ceguera; derramaste tu perfume, lo aspiré y ahora suspiro*

por ti; me diste a gustar de ti, y me muero de hambre y sed; me tocaste y me abraso en la paz que procede de ti” (Conf. 10,27,38).

-Lectura de la Palabra de Dios. Dios nos habla desde dentro. Nos habla en la S. E. para transformar nuestra vida (cualidad performativa de la Palabra de Dios), y también para transformar nuestras sociedades y nuestro mundo. Agustín nos invita a saborear interiormente el pan de la Palabra, para alimentarnos y para hacernos adultos en la fe.

-Meditación. Es preciso pensar, para hacer -con la ayuda de Dios- una lectura creyente de la realidad. Agustín nos invita a utilizar la razón, a pedir a Dios la Luz divina de Cristo (el Iluminador), el que con su Espíritu ilumina nuestro interior.

-Oración. Diaria, semanal... Retiros periódicos (cada mes o cada dos meses). Ejercicios espirituales (1 vez al año, 8 días). Hablarle a Dios y escuchar a Dios. Agustín nos invita a orar desde el corazón, a orar desde el interior (en este sentido, apuntemos que la teología de la oración agustiniana está muy en relación con la teología de la oración de Santa Teresa de Jesús). Se trata de orar con el corazón en la mano.

-Contemplación. Apertura al Espíritu Santo, que es para San Agustín el *digitus Dei* (dedo de Dios), con el fin de llegar a lo más alto de la contemplación espiritual.

Abrirnos a la gracia divina, y dejarnos conducir suavemente por Dios, para ir adonde Él nos conduzca. Agustín asegura que lo que haremos en el cielo será contemplar a Dios.

-Constancia. Cuidar la interioridad no significa experimentar solamente unos cuantos momentos aislados de recogimiento interior. Significa hacer todo lo posible por vivir el día en presencia de Dios, en estado de gracia, desde el interior... Significa aprender a contemplar a Dios en todas las cosas, lo cual nos ayuda a ser hombres para los demás.

4.- Los obstáculos que dañan hoy la interioridad.

-Cultura de la imagen y la apariencia. En Occidente (Europa - España), la cultura dominante hoy en día no facilita la interioridad. Es una cultura de la imagen, de la apariencia, de cuidar sólo lo que se ve. Cuidar la apariencia externa es importante, pero a veces da la impresión de que lo interior no cuenta. Esto es peligroso. En la Iglesia hay comunidades cristianas que sí facilitan y otras que no promueven una vida desde la interioridad. Algunas sólo aplauden un cierto activismo apostólico.

-Ruido ambiente. Las grandes ciudades, con sus ruidos, podrían dificultar el crecimiento de la vida interior, si no se ponen los correctivos oportunos. Esto se complica con el exceso de comunicación a través de las TICs (Tecnologías de la información y la comunicación). Es cierto que el ruido exterior no ayuda, y es verdad también que cuidar la interioridad significa silenciar los ruidos interiores; nos referimos a todo ese mundo psicológico que no deja de lanzar mensajes cuando nosotros cerramos los ojos. Si queremos escuchar la Voz de Dios, que habla dentro de nosotros, hemos de adiestrarnos en el silenciar el murmullo de nuestro mundo interior. Pablo D’Ors, sacerdote y autor de “Biografía del silencio” (2012), nos da en este libro pistas muy sugerentes al respecto.

-Inconsciencia. Enrique Rojas, prestigioso psiquiatra granadino, escribía hace ya algunos años “El hombre light”. Aquí dibujaba los rasgos de un hombre inconsciente e inconsistente, carente de fundamentos sólidos y resistentes. Si queremos evitar que nuestra vida sea una vida light, es preciso cuidar la interioridad y pensar las cosas: se trata de querer reflexionar y vivir con esa virtud que los ingleses denominan awareness / [ewe(e)nis]: esto significa vivir conscientemente, dándonos cuenta del aquí y el ahora.

Los psicólogos contemporáneos hablan del mindfulness (la atención plena).

-Exceso de información. El teólogo salmantino Á. Cordovilla afirma que hoy padecemos un exceso de información. Esto se completa al detectar que no pocos viven con un exceso de actividades (niños hiperocupados...). Es urgente aprender a priorizar y a seleccionar la cantidad y la calidad de la información que manejamos. Sólo así nuestra interioridad estará suficientemente saneada y nuestra salud espiritual estará a salvo.

5.- La interioridad: necesaria para el testimonio.

El mejor teólogo católico del siglo XX, Karl Rahner, decía en el vol. VII de sus “*Escritos de Teología*” (1969) que “*el cristiano del futuro, será un místico o no será cristiano*”. Decir místico, para Rahner, significaba tener una experiencia personal de Dios. San Agustín nos invita a meternos dentro de nosotros mismos para tener un encuentro personal y amoroso con el Dios que vive dentro de nosotros. De la verdad y de la hondura de este encuentro dependerán la fuerza y la luminosidad de nuestro testimonio en la Iglesia y en el mundo.

6.- La definición de santidad.

Si el tema de la interioridad es decisivo en la teología espiritual agustiniana, no menos lo es el asunto de la santidad. La santidad, para Agustín, consiste en tener una vida llena de Dios. Esto es lo que da vitalidad a la vida, y por eso San Agustín exclama: “*Viva será mi vida llena de ti*” (conf. 10, 28). San Agustín asegura que un santo es un hombre completamente lleno de Dios. Podemos preguntarnos: ¿qué hacemos nosotros para llenarnos de Dios?; ¿nos esforzamos por estar siempre llenos de Dios? Esto es lo agradable a Dios.

Leemos en la Sagrada Escritura: “*Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo*” (Lev 19,2), y también “*Vosotros, pues, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*” (Mt 4,48). Agustín conocía muy bien estas palabras, y por eso hace todo lo posible por ser santo. Además, cuando reza el Padrenuestro, le dice a Dios: “*santificado sea tu nombre*”. Y ¿cómo es santificado en nosotros su nombre, sino haciéndonos santos Él? Él fue siempre santo, y santo fue siempre su nombre” (ser. 57,4). Nosotros santificamos el nombre de Dios, cuando dejamos que Él nos santifique.

Él es el protagonista. Es preciso que seamos dóciles y que dejemos que Él haga plenamente su Obra en nosotros.

7.- La oración, nutriente de la santidad.

Indica San Agustín: Tu deseo es tu oración, y si continuo es tu deseo, continua es tu oración. No en vano dijo el Apóstol: Orad sin interrupción. Si no quieres interrumpir la oración, no interrumpas tu deseo. Tu deseo continuado es tu voz continuada (enar.psal. 37,14). Cuando oramos nos abrimos a la acción eficaz y santificadora de Dios. Cuando leemos notamos que Dios nos habla, y cuando oramos, somos nosotros los que hablamos a Dios (cf. enar.psal. 85,7). El santo ha de ser orante. Si nos tomamos en serio la oración en nuestra vida, entonces estamos en el buen camino para crecer en santidad. El orante es el que se llena del Dios santo.

La oración que Agustín propone a los que quieren ser santos es una oración que vuelve al corazón; que reconoce que Dios es la hermosura, siempre antigua y siempre nueva; que admite que en Dios se presencializa la eterna verdad, la verdadera caridad y la amada eternidad; que propone un encuentro con el Dios trinitario, al cual se acerca Agustín en su De Trinitate. El Agustín orante -que busca la santidad- admite que la Sagrada Escritura tiene como plenitud y como fin el amor; se asombra ante Cristo, que ha nacido para que nosotros vivamos un renacimiento; no desea que nos asfixiemos en intimismos, sino que nos abre desde dentro para reconocer a Cristo en el necesitado y en el forastero; pide luz al que es el Illuminator; y se goza con la Iglesia (Cuerpo del Christus Totus) y con la Eucaristía (Sacramentum pietatis, signum unitatis et vinculum caritatis) (cf. Jaime García). La plegaria que tiene en cuenta las realidades anteriores alimenta una santidad con sello netamente agustiniano. Oramos en los sacramentos y también fuera de ellos.

8.- El ejemplo martirial y el culto a los santos mártires.

Los mártires son los que han vivido la santidad en grado sumo. Advierte Agustín que los fieles los admiran y los ven devotamente como amigos suyos. Los santos mártires han confirmado con su propia vida la fe en Cristo, y se han transformado en ejemplos de devoción y de piedad para los cristianos. En los tiempos en los que no haya persecuciones declaradas, según indica Agustín, los cristianos también son mártires si imitan sus virtudes (civ.Dei 10,21-32). No olvidemos que el significado original de “mártir” es “testigo”. Ser mártir de Cristo es, ante todo, ser su testigo: testigo de santidad y testigo de integridad creyente, esperante y amante. Indica San Agustín que si el lenguaje eclesial se lo permitiera, los llamaría “héroes” (civ.Dei 10,12,8).

Sus sufrimientos nos invitan a nosotros a no desfallecer, y en ellos hallamos lecciones para nuestras comunidades. Como indica el hijo de Santa Mónica (cf. ser. 299D,6), los mártires despreciaron las cosas presentes, y Dios les dio las eternas. Despreciaron la seguridad y obtuvieron la inmortalidad. Despreciaron la muerte y obtuvieron la vida.

Despreciaron los honores y poseyeron la corona. Supieron valorar lo esencial y tuvieron a Dios como amigo. ¿Y nosotros? ¿Ponemos los ojos en Dios o nos enredamos en cosas secundarias o en bienes aparentes?

Una virtud de los mártires: el ordenamiento debido del amor en sus vidas. Ellos prefirieron el amor

de Dios a cualquier posibilidad de continuar disfrutando de la dulzura y de la belleza de esta vida terrena. ¿Y cuáles son las mejores lecciones que nos dan los santos mártires? Vencer todas las tentaciones del diablo (ser. 4,37). Seguir a Cristo con completa fe y perfecta caridad (ser. 302,2). Nos ayudan desde el cielo. Se les reza en basílicas, ermitas, altares... Hay muchas señales de mártires en la tierra africana de San Agustín: signos, inscripciones, relicarios, vasijas de barro selladas con yeso, recipientes de piedra junto al mar... Los investigadores aseguran que toda África estaba llena de cuerpos santos cuando vivía el hijo de Santa Mónica.

9.- El crecimiento gradual en santidad.

Todos estamos llamados a la santidad. No a una santidad de baja intensidad, sino a una santidad verdaderamente grande. Nosotros también.

Nos lo ha señalado el Papa Francisco en su exhortación apostólica *“Gaudete et exsultate”* (19 de marzo de 2018). Agustín nos recuerda que *“no manda, pues, Dios cosas imposibles; pero al imponer un precepto te amonesta que hagas lo que está a tu alcance y pidas lo que no puedes”* (nat.et gr. 43,50). La santidad exige un esfuerzo verdadero; se trata de un esfuerzo que merece la pena. Agustín nos habla de los 7 grados de la santidad en el Comentario al salmo 11 (del año 392) y también en su famoso y archiconocido De sermone Domini in monte (del año 394). Los estadios son:

-Estadio 1º: el don del temor de Dios, queda unido a la bienaventuranza *“felices los pobres en el espíritu”* (Mateo 5,3);

-Estadio 2º: el don de la piedad, queda unido a la bienaventuranza *“felices los mansos”* (Mateo 5,4);

-Estadio 3º: el don de la ciencia, queda unido a la bienaventuranza *“felices los que lloran”* (Mateo 5,5);

-Estadio 4º: el don de la fortaleza, queda unido a la bienaventuranza *“felices los que tienen hambre y sed de la justicia”* (Mateo 5,6);

-Estadio 5º: el don del consejo, queda unido a la bienaventuranza *“felices los misericordiosos”* (Mateo 5,7);

-Estadio 6º: el don del entendimiento, queda unido a la bienaventuranza *“felices los limpios de corazón”* (Mateo 5,8);

-Y estadio 7º: el don de la sabiduría, queda unido a la bienaventuranza *“felices los que trabajan por la paz”* (Mateo 5,9).

Esto exige nuestro esfuerzo: *“quien te creó sin ti, no te salvará sin ti. Por tanto, te hizo sin que tú lo supieras, pero no te justifica sin que tú lo quieras”* (Ser. 169,11,13). Dios nos ayuda a ser santos, siempre que nosotros colaboremos.

10.- La santificación divina y auténtica, obra del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es el verdadero santificador del hombre. Gracias a Él (el santificador) se infunde el amor de los hijos, y no el temor de los siervos (ser. 156,14). El E. Santo es el dedo de Dios, según S. Agustín. Es el *digitus Dei*. Él escribe en los corazones de los hombres (spir.et.litt. 16,28 y 17,29). El Espíritu viene al hombre cuando éste es humilde. El E. S. es alejado por la soberbia. Es el agua que busca un corazón humilde, como un lugar cóncavo donde detenerse (ser. 270,6). El Espíritu Santo y santificador queda asociado en la teología agustiniana a las imágenes del alma de la Iglesia, de la paloma y del agua que da la vida. Veamos un ejemplo: “Los canales del río alegran la ciudad de Dios. ¿Y cómo sigue el salmo? El altísimo santificó su morada. Si lo que sigue habla de santificación, queda claro que esas aguas caudalosas del río hay que entenderlas del Espíritu Santo, por quien se santifica toda alma piadosa que cree en Cristo para hacerse ciudadano de la ciudad de Dios” (enar.psal. 45,8).

11.- Conclusiones. Ser santo en pleno siglo XXI.

-El santo es un hombre virtuoso. Ser santo -en opinión de Agustín- es ser virtuoso. Significa valorar el crecimiento, la conversión y la liberación interior; la *imago Dei*; el buen combatiente; la moneda de Cristo; el llevar la cruz; la humildad y la interioridad, para superar la soberbia; al Médico humilde para que limpie-cure las heridas. El santo alimenta su santidad en la Iglesia (que es -ante todo- *Mater y Catholica*). Ser santo alude también, en el pensamiento agustiniano, a alejarse de las cosas de este mundo para orientarse hacia Dios. El santo, en términos etimológicos, nos hace pensar en lo que ha sido consagrado y en lo que ha sido separado (Cf. ENRIQUE A. EGUIARTE, *La santidad en 'De moribus Ecclesiae catholicae': Avgvstinvs 62 [2017] 39*). Sí: el verdadero santo ha de alejarse de las cosas mundanas de este mundo. Y además el santo agustiniano es el hombre que -en comunión con sus hermanos- mira siempre hacia lo alto.

-El santo vive desde el amor agradecido. En Agustín la santidad siempre ha de tener el ingrediente del amor. “*Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor; que esté en ti la raíz del amor, porque de esta raíz no puede salir nada que no sea el bien*” (ep.lo. 7, 8.). Quien se deja guiar por el amor, quien vive plenamente la caridad, es guiado por Dios, porque Dios es amor. Así, tienen gran valor estas palabras: “*Dilige et fac quod vis*” (“*Ama y haz lo que quieras*”). ¿En qué consiste la santidad que es la perfección en el amor? Consiste en amar a los enemigos, y en amarlos mirando a (deseando) que se conviertan en hermanos. Es una senda que nos exhorta a orar por el bien de nuestros enemigos (ep.lo. 1,9). Dios es el único absoluto, y es el que nos enseña a ordenar nuestro amor.

Ante Dios todo es relativo. Seríamos soberbios si dijéramos que somos santos por nosotros (por nuestras solas fuerzas o méritos). “*Reconoce que posees, y que nada es propio tuyo, a fin de que no seas soberbio ni desagradecido*” (cf. en.psal. 85,4 [v.2].).

Agustín nos invita a orar a Dios, y nos recomienda: “*Di a tu Dios: Soy santo porque me santificaste; porque recibí, no porque tuve; porque tú me lo diste, no porque yo lo merecí*” (cf. en.psal. 85,4 [v.2]).

-El santo posee apertura interior a la Luz de Dios. Ha venido el Iluminador para que nos hagamos luz en Él. Ser santos es ser iluminados, participando de la luz del que es la Luz con mayúsculas, tal y como nos recuerda San Juan (Jn 8,12). Esta luz nos da una enseñanza muy sabia en la Enarración al salmo 95: *“En tu santuario (hay) santidad y magnificencia. Tú tratas de conseguir la magnificencia; ama, en primer término, la santidad, y, cuando te hayas santificado, serás poderoso.* Entonces nos transformaremos en montes de Dios, porque para Agustín los santos son los “montes de Dios”. Son los que poseerán los tabernáculos eternos. Ahora todavía estamos en camino, y aún necesitamos crecer en santidad: *siendo ello así, ¿qué hombre puede jactarse de ser perfecto? Confesemos, pues, nuestra imperfección, para llegar a la perfección”* (ser. 142,14).

-El santo vive la justificación y la deificación. Ser santos equivale a ser justificados y a ser deificados. En cuanto al concepto “justificación”, reconozcamos que alude al proceso de hacernos justos como el Justo por antonomasia, es decir, Jesucristo. El Hiponense está convencido de que la justicia ha de amarse por encima de todos los placeres y de todos los deleites, incluso los que son lícitos. Los sentidos interiores se deleitan con la justicia, y así, si tenemos ojos interiores, estos pueden deleitarse con la luz de la justicia (cf. ser. 159,4). En cuanto al concepto “deificación” hemos de indicar que estamos ante una realidad que nos acerca a la teología de los Padres del Oriente cristiano. Ellos trataron ampliamente el asunto de la deificación (del ser “hechos dioses”). En San Agustín ser deificado apunta a ser llenado de Dios. El divinizado ama mejor, como Dios espera. Otro rasgo de la divinización es la capacidad que Dios nos obtiene –por Jesucristo– de tener y mostrar su presencia espiritual y real. Alguien divinizado es sal y luz para los que le rodean (Mt 5,13-14), por la sencilla razón de que Dios está presente en él. Agustín dice que Dios, en quienes habita, no habita de igual modo: entre los santos, unos son más santos y otros menos. Dios habita con distinta intensidad en unos u otros (ep. 187,5,17). El objetivo de un santo como Agustín apunta a que poco a poco toda la ciudad se vaya llenando de Dios.

-El santo persevera hasta el fin. Quienes pretendan ser santos han de ser fieles, constantes y perseverantes, y esto hasta el final de sus vidas. La santidad exige la perseverancia, soportando tribulaciones, diversas tentaciones y escándalos sin cuento (cf. en.psal. 85,4 [v.2]). *“La perseverancia, con la que se persevera en el amor de Dios y de Cristo hasta el fin, esto es, hasta que se termina esta vida, en la cual únicamente hay peligro de caer, es un don gratuito de Dios”* (persev. 1,1). Esto nos persuade de que llegar finalmente a lo más excelso de la santidad es un don venido de lo alto.

-El santo sigue el ejemplo de María. Llegamos ya al final del documento de FORCONT. Indica Agustín que, en relación a la Santísima Virgen María, por el honor debido a Nuestro Señor, no quiere hacer mención cuando se trata de pecado (cf. nat.et gr. 36). Nos pide aprender de la santidad de María y junto a María (humilde puerta, santa, Madre de nuestra Cabeza, creyente y virgen). Unamos -con María- la acción y la contemplación, y entonces llegaremos a la santidad. Evitemos polarizaciones excluyentes. Agustín nos presenta a María como madre, modelo y estrella en medio de la noche. Ella es la fuerza de la esperanza en el fascinante camino de nuestra vida.